

SENEGAL Y LA NATURALEZA CUASIDIPLOMÁTICA DE LAS SELECCIONES DE FÚTBOL

Diego Fierro Rodríguez

I. La bandera que ondea donde no llegan los embajadores

Las selecciones nacionales de fútbol no figuran en el escalafón diplomático, ni sus jugadores gozan de inmunidad, ni sus concentraciones están protegidas por la Convención de Viena. Y sin embargo, pocas instituciones representan a un país ante el mundo con tanta eficacia simbólica como un equipo de fútbol que disputa un Mundial. Millones de espectadores que jamás leerán un comunicado oficial de un ministerio de exteriores se forman una opinión sobre una nación viendo cómo juegan, cómo celebran y cómo se comportan sus futbolistas. La selección es, en este sentido, una suerte de embajada informal, una vitrina de la reputación nacional que opera sin necesidad de plácet y con un alcance que ningún diplomático de carrera podría soñar.

El caso de Senegal en el Mundial de 2026 es una ilustración perfecta de esta tesis, aunque no en el sentido que hubiera deseado la Federación Senegalesa de Fútbol. La eliminación a manos de Bélgica en dieciseisavos de final ha desatado una cascada de revelaciones que han convertido lo que debía ser una gesta deportiva en un catálogo de bochornos institucionales. Fiestas privadas con botellas de alcohol, funcionarios que invitaban a creadores de contenido y amigos a la concentración, gastos extravagantes, quejas del personal del hotel por el ruido y, como guinda, un seleccionador que firmó su contrato a pocas horas del partido contra Noruega. La selección senegalesa ha sido eliminada, pero su federación ha conseguido algo más difícil: ha diplomacizado el ridículo.

II. El seleccionador sin contrato y la improvisación como método de gobierno

El episodio de Pape Thiaw merece un lugar de honor en cualquier antología del disparate administrativo. El seleccionador nacional, el hombre que debía dirigir a Senegal en el partido más importante de su grupo, no tenía contrato en vigor. Lo firmó momentos antes de subir al autobús hacia el estadio, con la prisa de quien solicita un visado en el mostrador del aeropuerto. La imagen es tan grotesca que apenas requiere comentario: el Estado senegalés, o la entidad que ejerce sus funciones en el ámbito deportivo, envió a su máxima representación futbolística a un Mundial sin haber formalizado la relación laboral con quien la dirigía.

Hay que reseñar que esta omisión no es solo una negligencia administrativa, sino una declaración de principios sobre el valor que la federación otorga a la selección y, por extensión, al país que dice representar. Un contrato de trabajo es el acto jurídico más

elemental de reconocimiento de la existencia de una relación profesional. No formalizarlo a tiempo equivale a tratar al seleccionador como un voluntario, como un allegado al que se le pide un favor, como alguien cuyo estatus no merece ser fijado por escrito. La naturaleza cuasidiplomática de la selección exige justo lo contrario: un cuidado exquisito de las formas, porque las formas, en la representación internacional, no son un adorno, sino el mensaje mismo.

III. Las fiestas y el personal del hotel como termómetro de la catástrofe

Los detalles que han trascendido sobre la concentración senegalesa componen un cuadro que ningún pintor del realismo sucio habría osado imaginar. Funcionarios de la delegación organizaban fiestas privadas en el hotel de concentración, invitaban a creadores de contenido ajenos a la expedición, consumían alcohol en abundancia y realizaban gastos que los medios africanos califican, con una contención que les honra, de extravagantes. Los jugadores, que en teoría debían estar concentrados en la competición, fueron testigos de esta deriva y algunos, según las crónicas, tuvieron que encargar comida rápida para suplir las carencias del servicio.

El personal del hotel, ese termómetro anónimo que nunca miente, se quejó en repetidas ocasiones del ruido generado por los trabajadores de la delegación. La escena es tan patética como reveladora: los supuestos responsables de velar por el bienestar de los futbolistas eran, precisamente, quienes se lo estaban arrebatando. La naturaleza cuasidiplomática de la selección se manifiesta aquí en su reverso más amargo: si la delegación senegalesa hubiera sido una misión diplomática, los funcionarios que la integraban habrían sido declarados *personae non gratae* por el Estado anfitrión, o al menos relevados de sus funciones. Pero como no lo era, simplemente siguieron de fiesta mientras los jugadores pedían hamburguesas por teléfono.

IV. La renuncia de Pape Gueye y la descomposición desde dentro

La renuncia de Pape Gueye a la selección nacional no es un dato menor, sino el síntoma más visible de una descomposición orgánica. Cuando un jugador en activo, en pleno Mundial, decide apartarse del combinado nacional, está haciendo algo más que renunciar a una convocatoria: está emitiendo un juicio sumarísimo sobre la institución que lo convoca. La decisión de Gueye, con independencia de los motivos personales que puedan haberla inspirado, es el voto de censura más elocuente que puede recibir una federación.

Considero que este fenómeno —el jugador que se va, el que se niega a ser convocado, el que prefiere no representar a su país— es la manifestación más extrema de la pérdida de legitimidad de una institución que debería ser sagrada. La selección nacional, en cuanto representación cuasidiplomática del Estado, se sostiene sobre un pacto implícito: el jugador cede su esfuerzo a cambio del honor de vestir la camiseta. Cuando

ese pacto se rompe, cuando el honor se convierte en bochorno y la camiseta en un lastre, la selección deja de ser una embajada para convertirse en una jaula de grillos.

V. La vergüenza del aficionado y la reputación nacional en juego

Las redes sociales senegalesas, según las crónicas, arden. Los aficionados se sienten avergonzados por el comportamiento de los funcionarios que debían velar por el éxito de su selección. La palabra «vergüenza» no es casual. La vergüenza es una emoción colectiva que surge cuando un grupo percibe que la conducta de algunos de sus miembros ha dañado la imagen que el grupo tiene de sí mismo o la que proyecta hacia el exterior. En este caso, la conducta de los funcionarios de la delegación senegalesa ha dañado la imagen de todo un país ante millones de espectadores.

La naturaleza cuasidiplomática de la selección se vuelve aquí contra sí misma. Lo que embellece cuando el equipo gana y celebra con deportividad, hunde cuando la delegación se convierte en un espectáculo de desorganización. El Estado senegalés, que probablemente no es responsable directo de las fiestas de sus funcionarios deportivos, carga sin embargo con el coste reputacional de esas fiestas. Porque en el fútbol, como en la diplomacia, la responsabilidad se imputa hacia arriba: quien envía la delegación responde de lo que la delegación hace.

VI. Reflexiones finales sobre una bandera que pesa

Senegal ha sido eliminada del Mundial, y probablemente esa eliminación era previsible por razones estrictamente deportivas. Pero lo que nadie podía prever es que la eliminación viniera acompañada de un espectáculo de despropósitos institucionales que ha hecho más daño a la reputación del país que la propia derrota. La selección de fútbol, como institución cuasidiplomática, tiene la capacidad de proyectar grandeza y también miseria. Y en el caso senegalés, la miseria se ha impuesto a la grandeza con una contundencia que ni Bélgica en el campo.

La Federación Senegalesa de Fútbol debería tomar nota, si es que alguien en sus filas conserva la lucidez suficiente para hacerlo, de que representar a un país no es un privilegio, sino una responsabilidad. Los jugadores lo saben, y por eso algunos se van. Los aficionados lo saben, y por eso se avergüenzan. Solo los funcionarios que organizaban fiestas en el hotel no lo sabían, o no les importaba. Y ese es, precisamente, el problema: que la selección senegalesa ha sido víctima de quienes debían protegerla, y que la bandera que ondea en los estadios es la misma que se pisotea en los pasillos de la concentración. La diplomacia del fútbol es cruel: te sube al podio o te deja en ridículo. Y a Senegal, esta vez, la ha dejado en ridículo. Con contrato o sin él.